

Un relato Pirino

Por
Rosa María Forns García

A menudo, los recuerdos de mi niñez en Villanueva me llevan a casa de mis “abuelas” y a las historias que nos contaba la tía Irene en las frías tardes del invierno.

Aquellas historias hacían volar nuestra imaginación. Oíamos los cascos del caballo de su padre, cuando trotaba hacia casa, por el camino bajo las hayas, pisando la suave alfombra de hojas rojizas que habían ido cayendo a lo largo del otoño. Nos veíamos galopar sobre él cuando el abuelo nos invitaba a acompañarlo por los prados, en primavera. Las flores empezaban a aparecer tímidamente y los robles terminaban de tirar sus hojas marrones, que habían conservado a lo largo del invierno y brotaban nuevas hojitas que pronto harían cambiar el color del paisaje. Todo era tan descriptivo y familiar que no había duda de que aquello era verdaderamente real.

Aquella tarde la historia se remontaba a -“Hace muchos años, cuando vuestros padres eran pequeños, la tía Ramona era todavía joven. Era pequeña y menuda y acostumbraba a recoger flores y plantas en el bosque. Era ágil y conocía al dedillo todos los alrededores.”

La voz de la tía era sugerente. Alargaaba las vocales dando a la narración el tono preciso. Sus silbantes eses penetraban en nuestros oídos de la misma manera que el viento frío entraba por las pequeñas rendijas de las ventanas en aquellas narraciones de heladores inviernos.

Sentada en un banquito, junto a la lumbre, con un gato casi siempre en sus rodillas, las manos cruzadas y girando lentamente los dedos pulgares sobre sí mismos, continuaba -“El día estuvo nublado y frío. Ella preparaba con cariño un guiso de garbanzos con chorizo y tocino, algo de verdura y gallina, para que su marido y sus hijos pequeños comieran al día siguiente, ya que ella saldría temprano para visitar a sus ancianos padres, que vivían en Peñaloscintos.

Por la noche..., el viento nevador comenzó a soplar con fuerza y sobre la chimenea se oían los amenazadores ruidos que presagiaban mal tiempo.

Sin embargo amaneció un día luminoso, el sol se reflejaba sobre la nieve y hacía daño en los ojos. Se envolvió en su grueso mantón de lana y con una cesta de mimbre al brazo recorrió los escasos kilómetros que la separaban de la casa de sus padres. Les llevaba un frasco de rica miel de romero, espesa, extraída del panal poco a poco, calentándolo al amor de la lumbre, dejando que gota a gota cayera el rico néctar en el puchero. Y también nueces de la cosecha de aquel año, que había sido muy buena. Los niños les habían quitado el cocón y dejado secar ligeramente al sol del otoño para que tomaran ese bonito color apenas tostado. Y alubias recién desgranadas de la vaina,... todo con el cariño de una familia unida.

Comió temprano con sus padres, recogió dos chorizos y un salchichón que le dio su madre para los nietos y salió pronto, pues quería dar un rodeo para recoger algunas plantas medicinales. Salió del camino habitual y se internó en el bosque de robles. Quería un buen puñado de calambruchos, lo que en otros sitios llaman escaramujos, porque eran astringentes y preparaba un estupendo dulce por si los niños enfermaban de las tripas. Y bayas de saúco y romero y tomillo, para los catarros y aquellas bonitas setas, que no eran comestibles, pero que utilizaba en polvo y en muy pequeña cantidad cuando el caballo se ponía enfermo, y..., y... Quería llegar hasta el río, donde con suerte encontraría aún alguna rama útil de menta...

Entretenida con la búsqueda, no se dio cuenta de que el cielo se había cubierto de nubes y había tomado un color oscuro y amenazador... El viento comenzó a soplar de lado, como a ras del suelo, levantando la nieve, que le mojaba el borde de la saya... Las botas, de cuero forradas de agradable piel de pelo, empezaban a calarse... La cellisca arreció... El cielo y el suelo fueron tomando ese color blancuzco y aplastante. La nieve le golpeaba la cara y el viento, inmisericorde, apenas la dejaba andar...”

-Tía, ¿qué es inmisericorde?

-Que no tiene piedad. ¡¡Deja de tocar la lumbre o te orinarás en la cama!!

Nerviosa con el relato, no dejaba de colocar las ascuas con las tenazas y de atizar el fuego con el fuelle. Era capaz de sentir el frío y la humedad que estaba padeciendo aquella pobre mujer. Todos esperábamos, con los ojos abiertos como platos, a que continuase el relato.

-¡Por favor, tía, sigue! ¿Qué pasó después?

-“Todo había tomado el mismo color. El cielo parecía pesarle sobre la cabeza y la frialdad de la nieve le atenazaba el cuerpo, oprimiéndola cada vez más... El aire gélido curiosamente le quemaba los pulmones. Le costaba respirar... Y lo que era peor... El bosque, que ella creía conocer perfectamente, se había vuelto de repente un ambiente totalmente desconocido. Las ramas de los árboles se acercaban a ella, todas iguales, amenazadoras, movidas por el viento, chirriantes, pareciendo que quisieran arañarle... ¿Dónde estaban los espinos, con sus calambruchos rojos? ¿Y el saúco, con sus pequeños frutos negros? Una espesa niebla, pegada al suelo, había desdibujado todos los perfiles conocidos... Necesitaba salir de allí, correr y volver con sus hijos, que la esperarían impacientes en casa... ¡Estarían preocupados! Pero, no, no podía, no sabía hacia dónde ir... Casi de repente, el cielo se volvió oscuro, la luz empezó a disminuir, estaba cayendo la noche... Ya no daba tiempo a escapar de aquella trampa... Era urgente, muy urgente, encontrar un refugio y prepararse para pasar la noche... ¿Despertaría al día siguiente?...

Y, de pronto, como una pequeña luz de esperanza descubrió un trozo de tierra negra. Tenía que ser un talud, ya que no había sido cubierto por la nieve. Se acercó a toda prisa. Quizá allí podría resguardarse mejor del viento, apoyando la espalda contra el terraplén. Sí, podría quedarse allí. Había una pequeña grieta casi a ras del suelo. Parecía la entrada a una cueva, pero era imposible que ella pudiera entrar... Echó el mantón al suelo y se acurrucó como pudo, apoyando la espalda firmemente contra la tierra. Y esperó, esperó, no con mucha confianza, ver un nuevo amanecer... La noche era oscura, el viento no dejaba de ulular, los árboles crujían a su alrededor, produciendo espeluznantes sonidos y oía los aullidos, lejanos y no tanto, de los lobos que se comunicaban entre sí... No pudo pegar un ojo. El frío y los ruidos la tenían aterrorizada. Por un momento, al mirar hacia la entrada de la cueva, le pareció ver brillar pequeñas ascuas en la oscuridad... Dos, cuatro, seis... Seis, eran seis pequeños ojos que la miraban desde la seguridad de su cueva, calientes, tranquilos y, esperaba que no hambrientos, tres animales desconocidos que acechaban su sueño, su duermevela...

Y, por fin, amaneció... amaneció y estaba viva, medio helada, con todo el cuerpo dolorido, pero viva ¡viva! Observó la entrada de la cueva. Ahí estaban claramente marcadas las pequeñas huellas de pisadas de zorritos. Ellos habían sido sus vecinos, inofensivos, pero aterradores, en aquella noche infernal... Tenía que correr a encontrarse con su familia. Estarían muy preocupados. Estaba completamente perdida pero sabía que si llegaba al río él la guiaría al pueblo... Tenía que bajar, bajar hasta alcanzar el curso. El viento soplaba con fuerza y la empujaba, prácticamente la hacía volar. Pero, afortunadamente, el viento la empujaba hacia abajo, hacia el río. Tropezó cien, mil veces, rodó por la ladera, se arañó con las ramas, pero de pronto, casi sin darse cuenta, se encontró sobre el lecho helado del río. Estaba salvada, ¡salvada!

